

## LA AMERICA LATINA FRENTE A SI MISMA

### I

En 1933, en una Colonia Veraniega del litoral atlántico de la República Oriental del Uruguay, se reunió un grupo de universtarios para meditar sobre problemas actuales y futuros de los pueblos habitantes del Mundo de Colón. Había norteamericanos, argentinos, mexicanos, bolivianos, paraguayos, chilenos, peruanos, orientales y brasileños.

En un suave recuesto del cerro "El Toro", sombreado por hermosos árboles de la región o trasplantados; a la derecha un hermoso bosque de eucaliptus sobre los cuales silban constantemente los vientos del mar y traen sus perfumes saludables; y al frente el océano, cambiante de matices, de rumores y de oleajes. Todo, bajo un régimen de vida sencilla, sana, fraternal que estimulaba el trato franco y leal y la expansión del corazón abierto.

Una de las más hermosas mañanas de aquella temporada, debí platicar sobre un tema que varios compañeros —profesores, diplomados y simplemente estudiantes universitarios— me habían sugerido.

*Latino América Frente a Sí Misma*; fué una charla sencilla, casi confidencial, como correspondía al medio, a la institución que nos acogía, la "Asociación Cristiana de Jóvenes"; y a la hora preñada de temores para la paz de América.

Aquella plática quedó en el espíritu de los oyentes y del autor como una sugestión o un motivo de rumias espirituales; los apuntes y las notas fueron a parar —quizá sin orden ni concierto— a mi gaveta, mezclados con muchos otros que en una larga vida me sirven para el recuerdo, para el

examen de conciencia y para un contralor con los nuevos o viejos "modos de ver" que la vida impone.

Hace pocos meses, el eminente fundador, rector y alma de la Universidad Chilena de Concepción, en respuesta a una carta mía referente a su último y, como todos los suyos, jugoso libro *Confesión filosófica* me insinuó bondadosamente la conveniencia de poner en orden esos apuntes y publicarlos; y en las mismas condiciones, el gran Rector de esta Universidad del Litoral, me indicó la oportunidad de dar, a aquellas meditaciones, la forma de una conferencia.

He aquí, señoras y señores, el génesis de esta plática; quedan sus temas y desarrollo a la distancia, en el ambiente y en la hora de su aparición, porque no tengo toda la libertad necesaria para glosas de actualidad; porque nada tengo que rectificar y porque quiero acogerme a la dulce ilusión que entre vosotros y yo, se establece la misma comunión de almas y corazones, almas en alto, corazón abierto, al meditar sobre nuestra América, la del presentido hogar de la dignidad humana que cantara el poeta de Atlántida y Prometeo.

## II

¿Podemos plantear seriamente un problema así, como una unidad intra y extravertida en examen de conciencia? ¿Nos conocemos acaso? ¿Es el mismo el sentido que surge de su territorio, de su constitución étnica, de sus posibilidades económicas, de su tradición en Uruguay y Perú —en Argentina y México— en Brasil y Chile? Perú tiene tres quintos de su población india pura y otro quinto, quizá, en variedades mestizas de indio, chino, negro y blanco; y en la entraña de la raza aborígen pervive, no sólo como recuerdo y sentimiento, sino como organización y anhelo, el colectivismo paternal del Yncario. México tiene mayor población aborígen pero con sentido individualista o autonomista o federalista, de la mayor importancia para una justa apreciación

de su historia y su presente. Argentina, Chile y Uruguay no tienen casi indios o problemas indios y su población laboriosa y directiva es un producto de cruzas europeas cada día más emulsionadas, sino francamente unificadas. No nos falta a nosotros, en verdad, pero como episodio intrascendente, algún problema indio (Jujuy, Territorios del Sud y Chaco). Brasil tiene su problema negro. Existen, sin embargo, rasgos, cualidades, recursos y acervos comunes entre los cuales podemos señalar: a) La unidad fundamental del núcleo colonizador, y aun del mismo aborigen colonizado, a pesar de las variedades de lenguas y culturas indias; b) Unidad fundamental de la lengua, de la religión y del régimen jurídico de la colonia; c) Unidad en la historia y organización política y económica, especialmente en el imperio hispano-americano; d) Unidad e isocronismo en el surgir y tendencias del movimiento emancipador; e) Unidad en el ideal republicano, democrático de nuestras luchas y de la definitiva organización constitucional; f) Unidad en el sentido generoso, amplio, humanitario de nuestra vida; g) Unidad en el sentido de la solidaridad de nuestro destino. Y, como circunstancia corroborante de esa unidad fundamental, son comunes vicios y defectos de nuestros pueblos, contraluz y claroscuros de un panorama y drama interesantísimos; h) Somos enfáticos y jactanciosos en la fácil proclamación de muchos y grandes principios e ideales colectivos e individuales, pero tardos e inconsecuentes en su realización; i) Principistas y legalistas desde abajo, nos convertimos en autoritarios, infractores y abusivos desde arriba y a la defensa de las instituciones y de los dogmas superiores que postulábamos ayer, oponemos hoy con igual entusiasmo y fiera el resguardo del orden, de la paz, del principio de autoridad. El fino y agudo espíritu de Agustín Alvarez, con una variada experiencia de comisario de policía, soldado, jurista, político, parlamentario, periodista y catedrático universitario nos caló hasta el hueso y nos reveló estas y otras fallas con insuperable gracia criolla, y sin pretensión magistral, sonriente, optimista y más bueno

que el pan; j) Priva en nuestras costumbres políticas y sociales un franco menosprecio por las sanciones sociales sin las que, las de orden legal y judicial carecen de eficacia correctora y defensiva, en tanto se desmedran la ley y la justicia. ¿Quién se asusta y protesta porque el fraudulento en lo económico o en lo político, el catedrático ignorante o indecoroso, el magistrado que derrocha lo que no gana ni tiene y al par, ahorra el trabajo que debe, a pesar de todo, esos y otras etcéteras sigan ocupando cargos públicos, gozando de sinecuras y paseando, rumbosos, por salones y tertulias “bien”? k) Al celoso reclamo y reivindicación de independencia —individual y nacional— se aduna, con frecuencia, una correlativa incapacidad para cimentarla por nosotros mismos mediante el trabajo, el ahorro, el cumplimiento del deber, la disciplina, la abstención del endeudamiento, la imitación de las virtudes simples pero fecundas que hacen la grandeza de los individuos y pueblos: tenacidad, perseverancia, previsión, “honradez de los oficios”, confianza y alegría en el esfuerzo, sin fácil descuento del porvenir; l) El Ibero-Americano tiene una desaprensiva facilidad para hablar mal de su propio país, de su política y de su administración —pero eso sí. “entre nosotros”, “entre criollos” como un deporte verbal de “hijos del país”...— pero se levanta airado, despectivo y agresivo, —si el caso llega— contra el extranjero que nos formula, cultamente, menos graves observaciones.

### III

Quizá el problema, los problemas involucrados en el título debieran plantearse en otros términos: desde lo individual a lo colectivo, por grados y en círculos concéntricos, cada vez más amplios. 2) Cada uno de nosotros, ciudadanos de las naciones de Hispano-América ¿cómo somos en nuestra condición de tales? Y, por consiguiente —pues no admitimos desdoblamientos de personalidad. ¿Cómo somos en calidad de

hijos, padres, trabajadores, pensadores, artistas, religiosos, funcionarios, miembros de organizaciones políticas, sociales?

Mi patria. ¿Cómo es en su historia, en la letra y en la práctica de sus instituciones? ¿En su capacidad efectiva para una democracia culta, justa y bella? ¿Explota ella misma los bienes que le deparó el destino para el bienestar de sus hijos? ¿Sabe jerarquizar ella los valores morales, intelectuales y estéticos de los que, en medio del tráfico de los negocios, los afanes de la política y las seducciones del placer trabajan por la dignidad del espíritu? Juan B. Terán se quejaba de una sub-estimación notoria en ese sentido y todos sabemos que el poeta, el músico, el pintor, el sabio —descontadas raras y honrosísimas excepciones— no viven del producto de sus creaciones salvo, el auxilio de la cátedra, cuando la cátedra llega.

Y así, por un sistema de coordenadas, sinceramente organizadas, podríamos fijar la posición de nuestra América y a determinar los métodos posibles de una cooperación eficaz. Claro está que doy por sentado un mutuo mejor conocimiento con la máxima simpatía y altruísmo, pues sólo así hemos de penetrar en la sustantiva naturaleza de nuestros hermanos y hemos de obtener de ellos su total entrega y definición. En 1932 Ortega y Gasset, en un artículo publicado en “La Nación” de 13 de noviembre tocaba —con su maestría habitual— este tema y decía... “Porque la vida consistiendo en lo que cada cual y sólo a él acontece, no es posible ver la de otro si no se traslada uno, por casi mágica transmigración, desde si mismo al centro que es el otro individuo. Supone, pues, la transitoria negación que hago de mi mismo para intentar renacer en el prójimo.

“Esta negación de si, supremo hijo de las criaturas, es, pues, un acto de rebosante vitalidad.”

¿Saben esto ciertos diplomáticos, turistas, comerciantes y hasta congresistas argentinos que van a los países de América ignorantes, despreocupados, “descuriosos” —como decía en castellano arcaico una viejecita riojana en 1826— insen-

sibles a la historia, a los anhelos, al alma misma de su pueblo? No, no lo saben y por ello es frecuente y justificada la prevención y el retraimiento, que desaparecen como una niebla baja al soplo de la brisa y al rayo de sol de la simpatía y de la lealtad.

No solamente “firmes los pies en la tierra y al cielo los ojos” en esta empresa de americanismo efectivo; sobre esa tierra que nos sostiene y sustenta, en amplio movimiento de arco —así el obrero que la desbroza y cultiva— otear más allá, más allá, hasta el predio y el hogar del hermano para saber de sus fatigas y sus esperanzas, con ofrenda de nuestra colaboración y de nuestra solidaridad.

#### IV

Trabajando cada uno de nosotros con el sincero intento de descubrir la esencia de su personalidad y el rumbo de su destino; haciendo siempre todo lo mejor posible para cumplir con su deber, llenar su misión y colmar sus anhelos, sin vana jactancia, sin ánimo de rivalidad, sin pensar en otros triunfos antes que el triunfo sobre nosotros mismos, contribuiremos a que nuestros países sean, también, esforzados, ecuanimes, serenos, gozosos de su acervo sin envidia del ajeno.

Por lo que sé de mi país —que es el que mejor conozco— y lo poco que pretendo conocer de algunos otros países de América Latina, presumo que, en general, todos los hermanos de la ibérica estirpe, al mirarse en el espejo de su propia conciencia, encontrarán bien marcados estos signos del porvenir: Debemos cumplir el mandato primario de poblar inteligentemente nuestros semi desérticos territorios para hacer posible en ellos la vida civilizada y la democracia de supe-  
ración mediante el fácil contacto y ayuda mutua; mediante el saneamiento de las regiones insalubres, que eleve la vida, su rendimiento y su dignidad; mediante la cultura que revela al espíritu la extensión y profundidad de su señorío.

Cuando nos vengan con la monserga de una forzosa disyuntiva entre la educación general y superior, o la práctica de industria y comercio, o artística o cívica o moral, les responderemos como el criollo del cuento a quien, cansado y hambriento le ofrecieron a elegir “¿Mate? ¿Asado? ¿Sandía?”, a lo que contestó: “Tomaremos mate mientras se hace el churrasco y después comeremos la sandía”; pues nosotros también necesitamos de todos esos alimentos del espíritu para ser nosotros mismos y ser algo valioso para el mundo; de todo, sin opción.

Necesitamos una educación económica que nos habilite para señorear sobre nuestra naturaleza, pródiga en posibilidades y hacerla servir, así, al bienestar de nuestros pueblos en evolución aun embrionaria y alguna parte de los cuales, se enteca y muere de hambre, suciedad y desamparo a la vera o en el centro mismo de emporios de riqueza. El Dr. Alfredo L. Palacios, el ex Presidente Justo, el Dr. Juan Antonio Solari, el general José María Sarobe, entre otros, han documentado, con su visión directa, inteligente y cordial esta vergüenza argentina y yo también he visto eso en regiones del Norte, del Sur, del Oeste y del Centro argentino. Por lo demás, el ejército denuncia, anualmente, el abrumador por ciento de conscriptos inútiles para el servicio... Necesitamos una educación general que nos de un sentido más claro de nuestra condición de humanos.

“En lo íntimo de vuestra alma —dice la bella admonición del *Ariel* de Rodó— debe velar la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo hermano sea —ante todo y sobre toda otra cosa— un ejemplar no mutilado de humanidad”; necesitamos una cultura artística porque —ya lo he dicho hace más de una década— “la común emoción de la belleza nos unifica —a veces— más que un programa y un juramento” y porque “educar y dirigir el innato sentimiento de la belleza con el fin de perfeccionar las acciones, haciendo el bien por la belleza de las mismas y en la idea de elevar el nivel moral del

individuo y, con el mismo, el nivel intelectual de la raza, es obra sana y previsoras por parte de los que dirigen la educación del pueblo"; necesitamos una cultura religiosa que nos saque de este formalismo verdaderamente, en lo sustancial, agnóstico en que viven, en general, los americanos.

Todo eso necesitamos para saber, realmente, cuál es la "Profesión del Hombre" y para que nuestros países, expresiones colectivas de nuestras individualidades sean naciones verdaderamente autónomas, soberanas y solidarias, no tan solo expresiones geográficas e históricas.

Debemos disciplinarnos en el leal acatamiento a las instituciones, en lo interno y en lo internacional, voceando menos nuestra devoción republicana y nuestra devoción a la paz y a las soluciones jurídicas en el orden internacional, y practicando más esos credos con abnegación, con sacrificio si es necesario, con generosidad. El sometimiento a la ley tiene, fundamentalmente, un valor ético pues disciplina y racionaliza nuestros impulsos y hace posible la convivencia que es paz, armonía y cooperación. "No he venido a derogar la ley" dijo el Galileo. "Confíad en la justicia", etc., también dijo.

Si en cualquier sector del mundo una vida vale más que muchas vacas y muchas hectáreas de tierra, ¿qué decir de nuestros países despoblados y, por ello, detenidos en su progreso, en su realización del ideal del "Hogar para libres y justos"?

4) Es necesario, como se ha dicho varias veces por espíritus muy noblemente americanistas, que revisemos nuestros textos y hábitos docentes en materia de historia y geografía. El aula y el libro sectarios o tendenciosos son fuente y semillero de malquerencias y de conflictos de alcance imprevisible. Felizmente, mucho y bien se ha andado en mi país en ese sentido y vamos saliendo del limbo de los simples acuerdos o recomendaciones protocolares para hacer efectivo el predicado. Como lógica derivación de lo precedente, el intercambio de profesores y estudiantes con períodos acentuados de estada y trabajo para que no sean aves de paso, tu-

ristas oficializados que al retorno se encuentren tan hueros de conocimiento y de simpatía del y hacia el país y pueblo que los recibe y acoge como al ingreso. Alguna experiencia y observación personal me permiten hacer estas afirmaciones pues los profesores peruanos, chilenos, uruguayos, paraguayos, etc. que ejercieron —con capacidad, entusiasmo y rectitud— la docencia en la Argentina, fueron y son amigos y pregoneros de nuestro país y del americanismo que postulamos.

Y muchas otras actitudes con un común índice político, económico y social, nos están impuestas por el común origen, los comunes ideales y el común destino manifiesto.

## V

Claro está que cada pueblo, cada nación. debe trabajar para la arquitectura sólida, confortable y bella de su vida, conforme a sus necesidades, a su genio y a su panorama integral; debe trabajar —en lo posible— con su propio material real y humano, sobre ese material y para ese material especialmente; es éste el sano y fecundo egoísmo que nos hará fuertes, trascendentes, eficaces, hermanos en la obra de cooperación para llegar a un mundo mejor. El altruismo de los fuertes —en el superior sentido— es el que hace noble y fecunda la ayuda a los débiles y eleva el exponente de la obra común. Y en esto consiste el verdadero y sano nacionalismo de los americanos, aquel que inflamaba el alma y el corazón misioneros de nuestros próceres y que Zeballos señalara en las proclamas y en los ensayos institucionales, cuando pronunció sus magníficas conferencias en Williamstown en 1923, valeroso esfuerzo postrero de quien cayó, como el soldado griego, sobre su escudo.

Y no puedo resistir al deseo de acentuar lo que se refiere a nuestro nacionalismo artístico que es, precisamente, donde mejor confluyen nacionalismo y americanismo; y aun-

que no quiero aparecer jactancioso e inelegante, conjugando el verbo en primera persona del singular, citándome en palabras y actos en que, desde hace muchos años, definí mi credo artístico americanista, no creo excesivo referirme a algunos de esos actos y transcribir algunas de las expresiones de ese credo, corroboradas por las de altísimos espíritus señeros de América.

SANTIAGO MACIEL, en un artículo titulado "Nuestra Naturaleza en la Literatura y en el Arte", publicado en "La Nación" de 21 de agosto de 1932; Da. JUANA DE IBARBOUROU, en la revista "Síntesis" que fundó y dirigió Martín Noel, en artículo sobre "La poesía nativa y Fernando Silva Valdez", número de Julio de 1928; CARLOS TREJO LERDO DE TEJADA en "Norte y Sur", de 1931; FERNANDO SILVA VALDEZ sobre "Nativismo" en "La Prensa" de 17 de Julio de 1938 y 26 de febrero de 1939; y todo ello sin contar la tesonera, noble y bella obra de RICARDO ROJAS, son el eco de una inquietud, de un anhelo, y de una esperanza de americanismo sin rebeldías, ni renunciados, ni menos olvido para la herencia maestra de Occidente; es el alma de un mundo nuevo que se busca a sí misma y se va encontrando jubilosamente.

## VI

En una de sus jugosas y sugerentes meditaciones desde Río de Janeiro, publicadas en 1932 y 1933, en ediciones privadas, con los títulos "En el día americano", "A vuelta de correo" "Ateneo político", "Por la Universidad del Norte" y alguna otra que no conozco, don Alfonso Reyes el "Embajador americano" por antonomasia, señor de las letras, íntimo, sereno, y cordial refugio del espíritu, a veces desátrico y desconfiado de estos países y estos pueblos, sugiere a éstos, con la cálida franqueza y lealtad de su prestigioso magisterio, medios y remedios que no es posible resumir:

“Entre nosotros, hay que dar vehículo a esas masas sin amalgama, hay que dar distancia a las energías —la distancia que sólo da el entendimiento— para que hagan algo más que chocar. En aquellas zonas donde la crisis americana se presenta con toda nitidez, sin disfraces de gratuita, o casual, o pasajera prosperidad económica que cada vez nos engañan menos, no sólo hay dolor sino una excesiva sed de dolor y casi un culto, lo cual seguramente no crea las razas mejores.

La cuestión se reduce así: ¿Qué tiene que ver la cumbre con los trabajos del que sube por la ladera? Y se contesta sola. Pero la meta sólo se alcanza *con el método del alpinista; método en dos partes: lo primero es darse todos la mano; lo segundo poner el acento en el propio esfuerzo.* Esto, último es esencial. “*No basta —decía Goethe a Eckermann— dar pasos que algún día pueden llevar a la meta, sino que cada paso debe ser una meta, sin dejar tampoco de ser un paso*”. *La América que esperamos, cuando brote de cada uno, habrá brotado al mismo tiempo de todos. La cooperación no nos da el alma: esa solo podemos crearla nosotros.* Si una ley de la sociedad nos pone en situación de ser más felices o más fuertes, tanto mejor; *pero lo primero es que nuestra propia ley individual suba de quilates.* Goethe —ya para morir, dejó estas palabras— las últimas que escribió en el album del joven Arnim: “Cuando cada vecino barra el frente de su casa, todos los barrios de la ciudad estarán limpios”. Recojamos todas las colaboraciones de la fortuna, pero no lo entreguemos todo a la fortuna. No esperemos a que las instituciones nos salven: hagámonos capaces de concebir instituciones mejores. La salvación, la felicidad, —¡y hasta la originalidad literaria!— son subproductos que se encuentran de paso, como el cock, mientras se fabrica otra cosa”.

Bien dice el Maestro: “No esperemos a que las instituciones nos salven: hagámonos capaces de concebir instituciones mejores”, pero —agregaré yo— lo que sin duda estuvo en su pensamiento —vivamos, entre tanto, con lealtad, las

instituciones actuales, como ética elemental, como disciplina y como recaudo indispensable de la experiencia para saber bien cuales son o cuales deben ser esas nuevas "instituciones mejores"; antes que el fácil fluir del afán dialéctico, la probada capacidad de realizar; menos preocupación por los defectos de lo existente y de nuestros adversarios y más sincero examen de nuestras virtudes y de la solidez de nuestras proyectadas construcciones; sordina a las profesiones de fe vagas, sonoras, enfáticas que dejan margen a la caprichosa interpretación y a la transgresión cívica, y cuerda franca y tensa al programa claro, limpio bien adecuado a las posibilidades de una realización honrada y austera.

La América Latina o Ibérica frente a si misma llegará a la conclusión de una urgente necesidad de labrar su heredad y cultivar su huerto y su jardín antes que perder el tiempo en preocupaciones anti capitalistas y anti imperialistas que ni con eufemismos cubren una prevención contra Estados Unidos y que reeditan, más intempestivo cada día, el ensueño bolivariano. Lugones puso en evidencia la ingenuidad y la injusticia de esa prevención y de ese intento en un admirable artículo sobre "La América Latina" publicado en "La Nación" de 2 de agosto de 1925.

No importa ello postular el imperialismo, el capitalismo, que "es un resultado natural de la evolución económica contemporánea", que "no puede evitarse con discursos o declaraciones", "porque la evolución social es sorda a las loas y a las diatribas de los apóstoles" (*INGENIEROS Sociología Argentina*); el capitalismo y el imperialismo debe preocuparnos en sí y dentro de nosotros mismos, preparando y organizando con tiempo, método inteligente y perseverancia inquebrantable. la canalización del curso de natural enriquecimiento para que él se distribuya más justamente sin desequilibrios extremos de plutocracia y miseria en países despoblados y ubérrimos naturalmente. Un país pierde fuerza, vigor, y nobleza en ambos extremos de ese desequilibrio —físico y moral—; arriba porque engendra el derroche, la concupiscencia y el

relajamiento, por exceso; y abajo porque ocasiona la desnutrición, el debilitamiento, la herencia desmedrada, la fácil presa de los peores morbos, la incapacidad para la defensa de la patria y sus instituciones y para el digno servicio social cada día más urgente e imperativo.

En cuanto a los intentos imperialistas “recuerde el alma dormida” de los ibero americanos: No es necesario ir fuera de nosotros mismos para encontrarlos. . .

América sabe bien de penetraciones, absorciones e influencias externas contra las cuales no existe otra defensa que el reavivamiento de su auto control, de su energía serena, de su lealtad y de su limpieza de vida, que más de una vez se olvidaron. De vieja data es el sabio precepto: “El que quiera la salvación que comience por salvarse a sí mismo”.

Volvamos, pues, al método del alpinista recomendado por Goethe y Reyes: démonos todos las manos para afianzar la fe democrática de nuestros pueblos en un constante y coordinado empeño por hacer efectiva la soberanía popular —que todas nuestras constituciones proclaman— mediante la educación y la elevación física, económica y espiritual del pueblo soberano; consultemos mutuamente nuestros métodos y esfuerzos, éxitos y fracasos. Y después, que cada uno se afane por mejorar su propia obra no por y para superar vanidosamente a los demás sino por el legítimo y reconfortante orgullo de superarse a sí mismo.

No son las democracias representativas de verdad las que han lanzado el mundo —en Europa y en América— al tremedal de las guerras más desoladoras, predatorias y despiadadas, pero nosotros no debemos olvidar que nuestras “democracias inorgánicas”, como las calificaba Lucio Vicente López en la hora de su injusto sacrificio, proclives a la demagogia por incultura e indisciplina, son presa fácil de aventureros de la heroicidad, de salvadores de pueblos, de guardianes de la independencia y de la soberanía nacional, que sólo ellos pusieron en peligro por sus demasías y su desorbitada ambición de poder, de gloriolas y de beneficios.

Tiene curso fácil, en ciertos círculos —sinceramente inspirados, algunos— una franca descalificación de la democracia; revive el culto de las *élites*; se confiesa el menosprecio de las instituciones republicano-representativas por cuya consecución la América luchó medio siglo sin abatir su fe en ellas; y se postula el advenimiento de fuertes conductores semi monarcas, semi tiranos, dictadores, en una palabra que, como es natural, por efecto de ley conocida, acrecen sus facultades y atributos —progresivamente— y cancelan las de la colectividad gobernada.

Es claro que a los tales suele ocurrirles lo que a la rana que quiso ser rey: se infló tanto y tanto que, al fin, “*rana rupta jacuit corpore*”.

La democracia no es insusceptible de fallas y desviaciones pero tampoco de cura y rectificación de esos males; dicho queda en estas páginas lo que debe y puede hacerse en este último sentido. La familia es la sociedad elemental y porque se adviertan —aquí y allá ciertos defectos— no hemos de fomentar su disolución o restaurar el bárbaro régimen de la omnipotencia del *pater familiae* o de peores regímenes despóticos en Asia, Europa y América del pasado.

He aquí una página admirable de un grande, idealista, y sacrificado demócrata.

“La democracia moderna no ha privado al espíritu humano de los grandes arranques impetuosos, de las grandes audacias de especulación. Es muy fácil ridiculizar o burlarse de la multiplicidad, de la aparente contradicción, de la rápida abundancia de los sistemas; pero afirmo que de todas esas síntesis, sean ellas de la filosofía alemana, la inglesa o la francesa queda siempre al espíritu del hombre un hábito de alturas. Ellas son como esos senderos abiertos en las cumbres y que, aunque deteriorados de trecho en trecho, a punto de no poder conducir por ellos nuestros pasos, llevan nuestras miradas hasta la cima”. (JAURÉS, L’Ecole Laique).

Latino-América o Hispano-América o Ibero-América puede ser un ideal y un programa de auto-superación, precisamente para gravitar con eficacia en la gran conjunción fraternal de Pan-América, no para el incentivo y alimento de recelos contra la hermana mayor que nos dió lecciones constantes de libertad y nos dió ayuda para conseguirla, que nos dió el ejemplo de sus instituciones en su letra, en su espíritu y en su práctica; que manda generosamente sus sabios, técnicos y abanderados del servicio social a extirpar los peores males físicos de América: el cólera, la fiebre amarilla, el paludismo; que difunde la cultura, la cooperación intelectual y económica; que llama, paga y honra a los estudiosos y a los artistas extranjeros.

¿Hacemos eso los ibero-americanos?. Algo, algo marchamos progresivamente en ese rumbo, pero no es de buena ley el menosprecio jactancioso de quien, con obras, nos enseñó el camino.

## VII

En 1920, al retirarme del Perú saludé al Presidente Leguía y en el curso de la conversación, por más de un concepto interesante, me manifestó que había pedido al General Norteamericano Gorgas, de la Rockefeller Institution, que se quedara en su país para sanear el norte tan castigado por la peste amarilla, el cólera, la peste bubónica y otros morbos malignos, corriendo por cuenta del Perú, sin tasa ni medida, los gastos necesarios y que aquel ciudadano le contestó:

“He votado mi vida a la tarea de extirpar la fiebre amarilla de América y espero que nada ni nadie me detendrá en esta empresa”.

El General Gorgas era entonces un hombre cargado de años, de sólida posición económica y pública, con familia —creo— y amplia cultura. ¿Tiene muchos imitadores, en nuestra “idealista” latino américa?.

Una noche, en el campamento de Piriápolis, asistí a uno de los espectáculo más emocionantes y conmovedores de mi vida.

Se realizó el habitual camp-fire que se había dedicado al Paraguay; un joven Paats, estudiante universitario en Montevideo, se encargó de expresar sus impresiones, meditaciones y ensueños de aquel día.

Quizá algunas personas de las que me oyen ignoran esta felicísima institución de los campamentos cristianos y por ello me permito describirla: Ciertas noches, después de comer, se reúnen los acampantes en derredor de un fogón común, sin más luces que la de la luna y las estrellas —cuando las hay— y la que dan las lenguas de fuego y las brasas del fogón. Una persona, designada en la hora del almuerzo o del desayuno, expresa, en términos y tono de una confianza familiar, las impresiones, emociones y meditaciones de aquel día; los demás se agrupan en semi-círculo sentados en piedras, troncos de madera, escalones de la tierra o en el césped, abrigados, cuando es necesario, en sus ponchos, capas, frazadas, etc. Después, un poco de música y... cada pájaro a su nido, mientras en el camino hacia las carpas, más de un diálogo comenta la plática y alguna ilusión o inquietud van prendiéndose al espíritu de éste o aquel acampante.

En la noche de mi relato, el joven Guillermo Paats imaginó el viaje —quizá muy próximo— de su regreso a la patria; corría el tren por Entre Ríos y Corrientes pero al viajero le parecía lento ese correr; pasa en el ferry-boat el río divisorio y ya está viendo campos, pueblos, seres familiares; describe con sincero realismo pero en enternecida emoción las calles, las casas, los tipos populares; un tranway destartalado en el que los pasajeros deben, algunas veces, apearse para ayudar a las pobres bestias del tiro; asiste a bailes de categoría varia y por fin, de nuevo entre los suyos, espera la hora del llamado a las filas para entrar en la sangrienta refriega de hermanos. Y al terminar dijo:

Amigos, quiero hacerles conocer música de mi tierra, auténticamente paraguaya; yo la tocaré en el órgano pero como no sé cantar, pido a una persona que conoce la letra y la música de esos cantos, que me acompañe, es la señorita Joel Oropeza; rápidamente se levantó la aludida y cantó con dulce, educada y emocionada voz, aquellas expresiones del folklore paraguayo. ¡Era una niña boliviana! Todos estábamos con el corazón como en un puño, con la garganta semi cerrada y los ojos de varios —entre ellos los míos— velados por las lágrimas! Paraguay y Bolivia estaban ya en plena guerra; sus juventudes se mataban a tiros o machetazos o morían de hambre, sed, fiebre en el bosque inhóspito, sin sendas ni refugios ni auxilios; y, entre tanto, ¡una boliviana y un paraguayo entonaban juntos dulces canciones de la tierra guaraní!

Si las juventudes universitarias de América, de toda América incorporaran a sus actividades ésta de los campamentos y camps-fires ¡cuántos episodios como el descripto mejorarían sus vidas y servirían, así, al noble y fecundo ideal panamericano!

ANTONIO SAGARNA



